

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- China : ¿Hacia la desmaoización ?
- Después del tratado chino-japonés
- El Secretariado Unificado y las relaciones internacionales : el triunfalismo instituido en política

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvriere**

Diciembre/1978

No

58

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

THE
SPARK

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

COMBAT OUVRIER
Mensuel communiste révolutionnaire (trotskyste)
10 rue de la République - 93000 Aubervilliers
Tél. 01 48 00 00 00 - Fax 01 48 00 00 01

ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un suplemento bisemanal en Martinica y Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONALISTES

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

Página 2 China : ¿Hacia la desmaoización ?

Página 9 Después del tratado chino-japonés

Página 17 El Secretariado Unificado y las relaciones internacionales : el triunfalismo instituido en política

CHINA : ¿Hacia la desmaoización ?

¿Se encamina China hacia una desmaoización de la misma manera que se produjo una destalinización en la URSS después de morirle el dictador ? Quizás sea demasiado pronto para afirmarlo, si sólo se refiere a las noticias que nos llegan de este país mediante la prensa occidental. Ya que, cabe recordarlo cada vez que se habla de China, la mayor prudencia se impone al ser aún éstas tan escasas y discutibles. Sólo nos llegan filtradas, primero por el régimen chino, luego por los comentaristas occidentales que tienen generalmente más interpretaciones aún que someter al público cuando pocos son los hechos que puedan llevarle a la boca. Tiene así el régimen chino la característica, no compartida con ningún otro, de ver su evolución deducida a partir de algunos carteles manuscritos pegados en los muros de Pekín. El periodista que intentaría lo mismo en Washington, París, o incluso Moscú sería despedido inmediatamente, con una invitación para una temporada en un sanatorio psiquiátrico. Pero la prensa más seria, de Tokio a Nueva York pasando por Londres, abre ampliamente sus columnas a los comentarios del menor ideograma expuesto alrededor de la plaza Tien An Men (ya que,

además, en este inmenso país que reúne el cuarto de la humanidad, siempre se trata de noticias procedentes de los mismos pocos kilómetros cuadrados).

Dicho esto, si se da por cierto lo que escribe la prensa occidental, China se orientaría hacia el fin del culto de Mao, la puesta en tela de juicio de su infalibilidad y la acusación de ciertos aspectos de su política y de su historia.

Esta orientación habría empezado, como es costumbre en China popular, con ataques ocultos y oscuros en la prensa. Sin ser designado Mao nominalmente, «*cierto dirigente supremo*» estaba puesto en tela de juicio; en particular a causa de unos «*verdictos erróneos*» que condujeron a condenaciones durante la Revolución Cultural. Y en la hora en que escribimos, nos llega la noticia de que carteles murales habrían aparecido en los muros de Pekín acusando nominalmente esta vez a Mao por haberse dejado utilizar por la «banda de los cuatro» contra Teng Siao Ping. Cabe notar que si el hecho de acusar a Mao por primera vez puede hacer el efecto de una bomba, después de treinta años durante los cuales la menor crítica pública, especialmente en la prensa, era impensable, no es por lo tanto

una ruptura con las costumbres y las reglas del régimen instalado por el mismo Mao. Cada vez que un alto dignitario fue atacado y acusado lo fue sea por que ya había muerto, como fue el caso de Lin Piao, o sea por que no estaba en condiciones de defenderse y de responder a la campaña de denigración organizada contra él.

Lo que ocurre hoy con Mao, dos años después de su muerte, no contrasta con lo ocurrido a sus compañeros y colaboradores cuando se encontraron en oposición con él. Sin duda sería un error interpretar una campaña contra el difunto dictador como una muestra de una democratización cualquiera o de una liberalización cualquiera del régimen. Una campaña decidida, ordenada e impuesta por las esferas dirigentes no tiene nada que ver, aunque sea realizada a la base y por la base, con un funcionamiento democrático que supone —como mínimo— la posibilidad para las opiniones contrarias de expresarse.

¿Entonces si desmaoización hay, por qué?

Tres explicaciones son sugeridas, cuando no adelantadas francamente, por la prensa. La primera: los sucesores de Mao, habiendo iniciado una política totalmente nueva, tendrían que desarrollar para justificarse una crítica más o menos profunda de su predecesora y de la política suya. La segunda: ciertas capas sociales víctimas de la política de Mao, especialmente durante la Revolución Cultural, los intelectuales, los ejecutivos políticos y económicos, e incluso los estudiantes que fueron en cierta época enviados por fuerza al campo, empujaban en dirección de una nueva política que les sería más favorable y al mismo tiempo incitaban a una crítica de la precedente y de

aquél que la simbolizó. Por último se ve en esta desmaoización la imagen de la lucha para el poder que los hombres o equipos dirigentes se libraron, y particularmente Hua Kuo Feng y Teng Siao Ping, éste último beneficiando, a causa de su pasado, de todo ataque al culto de Mao.

LA NUEVA POLÍTICA CHINA NO NECESITA LA DESMAOIZACIÓN

Si se la compara con aquella llevada a cabo hace diez años, la política china, tanto interior como exterior, presenta muchas diferencias. Hoy día, el gobierno chino va repitiendo su voluntad de establecer las mejores relaciones posibles tanto económicas como políticas con los países capitalistas e imperialistas. Hace diez años, contaba con la exacerbación de los sentimientos nacionalistas y anti-imperialistas y mostraba su voluntad de sólo contar con las propias fuerzas de China. Hoy día concede la prioridad al desarrollo económico e industrial. Hace diez años, mostraba su desprecio por las preocupaciones económicas y su voluntad de poner la política «en primera fila». Hoy día parece ostentar consideración para los ejecutivos y especialistas que necesita para promover el desarrollo económico. Hace diez años, invitaba a los guardias rojos a que atacaran a una parte de ellos.

Incontestablemente Hua y Teng llevan a cabo hoy en día una política totalmente opuesta a la de la Revolución Cultural. La condenación actual de antiguos dirigentes de los guardias rojos, después de la eliminación de la «banda de los cuatro» que pasaban por los líderes de esta Revolución Cultural, y al mismo tiempo la rehabilitación de cierto número de cuadros catalogados como derechistas, después de

la de Teng Siao Ping, él mismo siendo una de las más ilustres víctimas con Liu Shao Chi de esta Revolución Cultural, son los símbolos de esta oposición.

Pero el oponerse a la política de la Revolución Cultural no significa oponerse a la política de Mao. En realidad, esta política del equipo Hua-Teng, en la mayor parte de sus aspectos ha empezado... con el mismo Mao.

En el terreno de la política exterior, la orientación antirusa empezó abiertamente en 1960, mucho antes de la Revolución Cultural, y se ha proseguido durante y después de ésta. Las nuevas relaciones con el imperialismo han sido anudadas con Mao, a partir del espectacular cambio total de la política de los Estados Unidos y del viaje del presidente Nixon a Pekín en 1972. En materia de política exterior, los dirigentes chinos pueden pues afirmar, y con razón, que están muy en la línea política dada por el mismo Mao y que no hacen sino proseguir y desarrollarla.

En el ámbito de la política interior, la voluntad de acabar con la Revolución Cultural no se ha iniciado tampoco cuando el deceso de Mao y el advenimiento de Hua y Teng. Desde finales de los años sesenta los guardias rojos fueron invitados a volver a la normalidad y en los años setenta, paralelamente a la renovación de las relaciones con los Estados Unidos y los países imperialistas, China había vuelto a poner especialmente el acento en la necesidad de promover el desarrollo económico dentro del orden. Desde esta época, bajo la dirección de Chu En Lai, muchos cuadros destituidos de sus funciones cuando la Revolución Cultural volvían a ocupar su puesto y su rango. Tuvo lugar entonces la primera reintegración de

Teng al equipo dirigente. El acento fue puesto en la necesidad de desarrollar el país. Con ese objetivo empezaron los contactos con Japón y las potencias occidentales. Cabe creer que algunos tenían conciencia de que un nuevo cauce había empezado, ya que la muerte de Chu En Lai produjo las manifestaciones gigantescas de la plaza Tien An Men en abril de 1976. Nadie hubiera temido que esta muerte provocara el fin de la nueva política si ésta no hubiera sido evidente.

Hua y Teng podrían pues encontrar fácilmente justificaciones a su actual política en la llevada a cabo siendo en vida Mao.

Pues no ha habido una sino varias políticas llevadas a cabo bajo la dirección de Mao. La Revolución Cultural sólo fue una de ellas. Pero ha habido muchas otras, completamente contradictorias antes o después, en el plan de la política exterior como en el de la política interior.

Los actuales dirigentes de China no pueden pues tener necesidad de desmaoizar porque el maoismo sería un cuerpo de doctrina coherente y preciso, al que se opondría su actual política. Apoyándose en el empirismo del que el mismo Mao dió pruebas en la dirección de los asuntos durante treinta años, encontrando fácilmente en sus escritos como en su política ejemplos similares a la política que actualmente llevan a cabo, nada les sería más fácil, al contrario, que justificar esta política, apoyándose en el maoismo. Es además lo que no se molestan en hacer desde hace dos años.

UNA DECISIÓN QUE VIENE DE ARRIBA

¿La «desmaoización» resultaría entonces de presiones ejercidas por

ciertas capas de la sociedad china ? Es verdad que ciertas la pueden acoger favorablemente. ¿Cuáles exactamente ? ¿En qué medida ? Es imposible decirlo ya que lo propio de este régimen es justamente el de no permitir la expresión de ninguna de las capas o clases de la sociedad.

Sin embargo, podemos hacer unas cuantas suposiciones.

Bastantes cuadros políticos o económicos que padecieron de la Revolución Cultural porque fueron discutidos personalmente, destituidos de sus funciones, y a veces porque tuvieron que sufrir las sevicias físicas de los guardias rojos, pueden acoger esta «desmaoización» con satisfacción. Para ellos, ésta significaría la condenación de un período que no les fue favorable, y si no es la reintegración en sus ex-funciones, lo que, según parece, fue realizado desde hace tiempo para bastante de ellos, es la certeza más de que aquel período nunca volverá. Por otra parte, muchos otros cuadros que no sufrieron directamente de aquel período, pero que sin embargo condenaban los disturbios que la caracterizaron, y las sacudidas que éste marcó en la vida política y sobre todo económica, pueden acoger favorablemente la certeza que tal período se ha acabado.

Es probable también que los intelectuales que padecieron particularmente de aquella Revolución Cultural pueden acoger favorablemente la «desmaoización». Ciertamente número de ellos ya han atestiguado lo difícil que había sido para ellos aquel período. Hasta ahora, se contentaban de poner en tela de juicio, tal como lo exigía la etiqueta oficial, la horrible «banda de los cuatro». Se puede pensar que no son ellos los que van a respingar si el acento está puesto en la responsabilidad del mismo Mao.

De la misma manera los estudiantes y los jóvenes ciudadanos que fueron enviados por fuerza al campo a fines de los años 60 a principios de los años 70, parecen odiar fuertemente los que les han relegado así en lo que estiman ser una situación inferior. Sobre este asunto, el número de testimonios recogidos, y muy en particular por parte de los antiguos guardias rojos decepcionados, es suficientemente importante para que pueda ser significativo. Estos también están totalmente dispuestos sin duda a aceptar de ver a Mao mismo puesto en acusación. Sobre todo si la condenación del difunto se acompaña de la posibilidad de regresar a las ciudades.

Así, la «desmaoización» puede responder a los deseos de grandes fracciones de la sociedad china, sea que estén dispuestas a aceptarla, sea que incluso la deseen ya. ¡Y si es aún más difícil decir cuales pueden ser en la materia los verdaderos sentimientos de las masas campesinas o de la clase obrera, ni siquiera está excluido el que fracciones de ésta, recordando todavía los ataques lanzados contra ellas por los guardias rojos durante la Revolución Cultural, acepten muy bien esta desmaoización !

Sin embargo, aunque la desmaoización responda a los deseos de grandes fracciones de la población, y en particular de grandes capas de la pequeña burguesía, esto no significa de ninguna manera que esté hecha para ellas y bajo su presión.

El equipo o el hombre que la impulsaron puede lograrse cierta popularidad en esas capas. Pero es una consecuencia feliz para los sucesores de Mao, pero de ningún modo la razón de su política.

Desde treinta años todas las

decisiones políticas fundamentales se toman en la cumbre, en el seno de un grupo muy restringido, del cual además Hua y Teng han formado parte desde mucho tiempo. Las luchas de fracciones para el poder siempre se han desarrollado en el seno de este grupo restringido, sólo siendo llamadas las masas, incluso durante la Revolución Cultural, a ratificar los resultados de una lucha que se había desarrollado fuera de ellas.

Es lo que ocurrió una vez más hace dos años durante la eliminación de la «banda de los cuatro» por Hua y Teng.

Todavía hoy, si hay desmaoización es con toda evidencia una decisión que viene de arriba, sin duda examinada con atención y además que se está realizando con prudencia. El hecho de que sea la prensa oficial del régimen la que haya llevado la voz cantante y dejado paso libre como la manera con la cual lo hizo lo demuestra bien.

No es pues ni bajo el empuje de las fracciones que lo desearían, ni porque representarían los intereses de esas fracciones de la población que los dirigentes actuales procederán a la «desmaoización».

LA NECESIDAD DE UN ÁRBITRO SUPREMO PERO BIEN VIVO

Es posible, por fin, que varios clanes siguiendo a varias personalidades, se enfrenten, hoy, para el poder. La prensa habla mucho de la rivalidad entre Teng Siao Ping y Hua Kuo Feng, pero es de notar sólo apoyándose en suposiciones. Estos sólo son los dos nombres más conocidos. Quizá existan otros

pretendientes al poder, menos conocidos, lo que no significa necesariamente que tengan menos posibilidades.

Pero lo seguro es que este tipo de régimen en el que no sólo el aparato estatal ejerce su dictadura sobre todas las capas de la población, sino que también una sola persona ejerce su dictadura sobre el mismo aparato estatal, ni siquiera puede aguantar por mucho tiempo una verdadera dirección colectiva. Puesto que no hay ninguna norma de funcionamiento democrático que permita resolver los desacuerdos, cada uno de éstos se resuelve con una crisis y con la eliminación del o de los vencidos.

Así se va seleccionando un árbitro supremo que llega a serlo mediante la eliminación de todos los que podrían ser sus iguales. No obstante, al resolver sin apelación alguna, en último recurso, todos los problemas, este árbitro supremo es quien permite al régimen funcionar sin divisiones ni enfrentamientos constantes.

Este papel, Mao lo desempeñó durante treinta años. Muerto él, China ha entrado en un período durante el cual se seleccionará al nuevo árbitro. Esto tomará más o menos tiempo. Será más o menos doloroso y necesitará muchas o pocas crisis. Además el dictador no ejercerá necesariamente su poder de manera sangrienta sobre los miembros del aparato estatal, en particular sobre los círculos dirigentes. Le basta con estar en condiciones de zanjar soberanamente en los problemas que pudieran dividirlos. Su dictadura sólo se haría feroz, incluso contra las personalidades del aparato estatal, si este país conociera crisis graves que necesitasen una mano de hierro. Así es como el puesto obtenido por Mao le ha permitido

ejercer su dictadura sin ejercer contra los círculos dirigentes una represión tan sangrienta como por ejemplo la de Stalin en la Unión Soviética. Muchos dirigentes repudiados por Mao no pagaron de su vida tal cómo se les ocurría casi siempre para los colaboradores de Stalin.

A menudo, estos han seguido desempeñando un papel en la cumbre del Estado, o han recuperado su cargo después de una ausencia más o menos larga. Siendo en esto ejemplar el caso de Teng. Secretario general del Partido, ha desaparecido desde las primeras horas de la Revolución Cultural, ha reaparecido en los años setenta hasta tomar la vice-presidencia, ha vuelto a desaparecer en 1976 para volver al primer plano un año más tarde.

Pero, el que el dictador establecido pueda ejercer sin trabas su arbitraje a la cabeza del Estado, supone que no se le pueda oponer autoridad alguna, cualquiera que sea, ni siquiera la autoridad moral... del dictador anterior.

De ésta, sin duda, necesitan desembarazarse los hombres que están hoy a la cabeza del Estado chino, aún antes de seleccionar al nuevo árbitro.

Podrían encontrar en los hechos y en los escritos de Mao ampliamente lo que justificase su política actual. Pero quieren ser capaces de imponerla sin que, ni siquiera pueda ser discutida ni controvertida sea por quien sea, en particular, por un clan cualquiera del aparato estatal. Mantener el culto de Mao, y su mito en tanto que dirigente y guía infalible, es dejar para tal o cual aspirante al poder, para tal o cual fracción del aparato estatal, una posibilidad de criticar esta política en nombre de otra de las políticas llevadas a cabo un momento u otro, por Mao.

De ahí proviene casi inevitablemente la necesidad para sus sucesores de atacarse algún día al mito de Mao Tse Tung. Sólo estarán los sucesores al abrigo de verse opuestos a Mao a sus dichos y a sus escritos, cuando éste ya no se halle en su pedestal, esté rebajado al rango de un dirigente cualquiera que cualesquieran que sean sus méritos ha tenido también muchas debilidades y cometido muchos errores.

En ese sentido la «desmaoización» casi entra necesariamente en el marco del funcionamiento del régimen maoísta. Claro está, no es necesario arrojar por la borda toda la obra de Mao. Periodos de vuelta a la actualidad pueden suceder a otros de agudas críticas. Así procedieron en la URSS los dirigentes rusos con el culto de Stalin. Basta con que esté claro que el difunto dictador no pueda tomarse como modelo por nadie sino por los que hacen las reglas.

De esta manera además, todo el equipo actualmente en el poder se emplea en proteger de las críticas, no sólo para él mismo en el inmediato, a él y a su política actual, sino también a aquel entre el equipo que acabará un día por imponerse y tomar el puesto vacante de Mao. Le abre el camino para que quede totalmente libre de desempeñar su papel de árbitro supremo, sin que le entorpezca la sombra de su predecesor.

Es sin duda por eso que no hay que ver en la «desmaoización» la obra de tal o cual, de Teng por ejemplo.

Las razones particulares de Teng de desembarazarse del recuerdo de Mao, no son determinantes, aunque existan; incluso si Teng más que otros puede verse controvertido en nombre de Mao quien en dos ocasiones le destituyó de sus funciones a la cabeza del Estado;

como tampoco Hua que por ejemplo fue nombrado en sus funciones actuales por el mismo Mao en los meses que precedieron su muerte.

Primero, el atribuir las tentativas actuales de desmaoización a Teng únicamente, es afirmar que éste se habría impuesto ya a los demás en tanto que árbitro supremo asegurando su poder personal hasta imponer sus decisiones. Nada es menos evidente.

Y sobretodo cualquier candidato a ese poder deberá sin duda desembarazarse de todos modos del mito de Mao, e incluso Hua por ejemplo, e incluso aquél que podría decir que fue elegido por el mismo Mao para sucederle.

El proceso de desmaoización sólo está a sus principios. En realidad, cabe repetirlo, ni siquiera estamos

seguros de que se trate del principio del proceso con ser tan frágiles los índices. Pero la desmaoización decidida de todas maneras arriba no es claro está, ni el principio de una democratización ni siquiera el fin del régimen político instaurado por Mao. Para que tome tal dimensión sería necesario que fuera impuesta por las masas o que éstas aprovecharan la ocasión e intervinieran. No es seguramente el objetivo de los dirigentes chinos. Es incluso probablemente lo que más temen. Bastaría sin duda con la simple amenaza de tal intervención para que se hiciera marcha atrás parando por un tiempo toda desmaoización.

Por el momento la que se divisa no es por el contrario sino el medio por el cual el régimen puede perpetuarse y el principio del establecimiento de un nuevo Mao.

Después del tratado chino-japonés

En el pasado mes de Octubre, la prensa ha acogido a bombo y platillos el tratado de «paz y de amistad» concertado para diez años entre China y Japón y que, firmado el 12 de agosto, ha sido rubricado con gran pompa en Tokio el 22 de octubre —no dudando en hablar de «*encuentro histórico*» en este caso.

Sin embargo se ignora el contenido preciso de los acuerdos económicos que lo acompañaron y a los cuales la prensa francesa dió gran importancia.

Se sabe que suceden a un tratado comercial ya concluido en febrero de 1978 entre los dos países. Pero lo que no se sabe es el importe global que alcanzarán los intercambios previstos y de qué manera China espera financiar eventuales importaciones importantes.

Independientemente de este aspecto económico, el tratado chino-japonés resulta un acontecimiento político significativo de la política exterior de los dirigentes chinos.

¿CUAL ES SU ALCANCE ECONÓMICO?

En el terreno económico, y en su actual estado de desarrollo, ¿qué perspectivas, qué salidas, puede

ofrecer China al mundo capitalista ?

Según los datos suministrados por el periódico *Le Monde* los intercambios económicos chino-japoneses, que habrían alcanzado los tres mil setecientos millones de dólares en 1977, deberían pasar a veinte mil millones de dólares durante los próximos ocho años, en virtud del acuerdo económico de febrero de 1978. Según los términos de los actuales acuerdos, debería prolongarse hasta 1990 y los intercambios tendrían que ser multiplicados por cuatro, para alcanzar la cifra de ochenta mil millones de dólares.

En realidad, estas cifras adolecen de un importante coeficiente de incertidumbre. Poco después del viaje «*histórico*» de Nixon a Pekín, en febrero de 1972, los grupos capitalistas japoneses, como el grupo Mitsubishi, multiplicaron las visitas y las misiones en China, y si algunos de ellos predecían a la época un importe de los intercambios entre Japón y China de cinco mil millones de dólares para 1977 (cf Robert Guillain, *Le Monde* del 30 y del 31 de marzo de 1973), parece ser que éste sólo alcanzó tres mil setecientos millones y que en los hechos no se ha revelado a la altura de sus apetitos.

Pese a la inmensidad de su territorio y a la importancia de su población, China no ofrece, ni mucho

menos, al universo capitalista un mercado interior a la medida de las ambiciones en presencia. Decidir en congreso de acelerar el ritmo de industrialización del país, como lo han hecho los dirigentes chinos durante el verano de 1977, puede como máximo significar una intensificación de los esfuerzos de producción exigidos a la población laboriosa, y no puede ir más allá.

Como ejemplo, se pueden mencionar estas cifras de producción comparada para el año de 1973 (*Le Monde*, octubre de 1974) : (en millones de toneladas)

| | USA | URSS | China |
|----------|-----|------|-------|
| acero | 113 | 131 | 25 |
| petróleo | 453 | 421 | 50 |
| carbón | 523 | 668 | 450 |

Estas cifras valén lo que valen, pero indican una escala de valores que sitúa China por lo menos como una potencia económica modesta, más modesta aún de lo que indican esas cifras, pues es necesario relacionarlas con una población más numerosa. Sus recursos naturales son seguramente considerables, pero necesitarían para ser aprovechados sumas considerables, de las cuales justamente no dispone China —círculo vicioso del subdesarrollo económico.

En estas condiciones, y permaneciendo en el marco económico «normal», por decirlo así, los intercambios entre China y el mundo capitalista quizás puedan acrecentarse en cierta medida, pero sin más.

Sin embargo, si se confirmase que Japón estuviera decidido a abrir créditos importantes para préstamos a

China, el asunto tendría entonces una significación de toda otra importancia. Tal opción por su parte supondría que tuvieran la autorización de los Estados Unidos, y significaría que estuvieran decididos a ayudar a China a que acrecentara su potencial industrial en la perspectiva de una confrontación militar con la Unión Soviética. El poner este país más a la altura de los armamentos y de las actuales técnicas militares en el marco de su rivalidad con la Unión Soviética, supone en efecto medios considerables. Pero se trataría entonces de una orientación de tipo política y estratégica, cuya importancia sobrepasaría de mucho la simple cuestión de las relaciones económicas entre las dos potencias de Asia.

Nada de lo que actualmente sabemos de los aspectos económicos y financieros del tratado chino-japonés permite decir que se haya llegado a eso.

UNA ETAPA EN UNA POLÍTICA EXTERIOR...

Sea lo que sea, por parte de China, este tratado entra naturalmente en el marco de su política exterior actual —la cual se caracteriza por la búsqueda sistemática de aliados contra la URSS, y por el apoyo a los regímenes que, por poco que sea, pueden debilitar la posición de esta última, cualquiera que sea dicho régimen.

Que en realidad este tratado sea dirigido contra la URSS, no es un misterio para nadie ni sobretudo para esta última, que se inquietó inmediatamente de éste. Hasta se puede pensar que el tratado «*de amistad y de cooperación*» que a su vez acababa de firmar, el 3 de

noviembre, con Vietnam, constituye una réplica por su parte.

Cabe subrayar además que la noticia de la firma de este tratado se ha situado en el mismo tiempo que el presidente chino Hua Kuo Feng efectuaba en el extranjero grandes desplazamientos cuidadosamente escogidos: primero, Rumania y Yugoslavia, otros tantos desafíos a Moscú, y luego Irán, bastión occidental en el Oriente Medio.

Toda la diplomacia china de estos últimos años va en el mismo sentido: la Unión Soviética es el enemigo y China se emplea en sostener y apoyar sistemáticamente todo lo que pueda batir en brecha su influencia.

Sostiene el fortalecimiento de la O.T.A.N., sostiene una construcción de Europa que se haría bajo la férula del imperialismo norteamericano, y que fortalecería militarmente este bloque frente a Europa del Este. En esta última, estimula los nacionalismos de los países satélites de la Unión Soviética, e intensificó de esta manera sus vínculos con Rumania. En lo que concierne Yugoslavia reanudó además con Tito en agosto de 1977.

El apoyo político de China a los países del Tercer Mundo es selectivo. En África, toda su política consiste en apoyar sistemáticamente a los Estados, o a los movimientos de guerrilla que luchan contra los otros Estados o movimientos ayudados por la Unión Soviética y Cuba. No se cuentan ya los ejemplos de esta política.

Como ejemplo de estos gestos ostentatorios, los dirigentes chinos, acaban de aprobar muy recientemente, con motivo de los viajes de Chirac y de Poniatowski a Pekín, la política de Francia en África, muy en particular sus intervenciones en Zaire y en Chad.

Si China no tiene los medios de hacer, de por el mundo, otra cosa en dicho caso que gestos simbólicos, estos gestos tienen sin embargo una significación y un alcance muy concretos. En el sureste asiático, puede desempeñar un verdadero papel. Apoya Camboya en su conflicto con Vietnam, que es un aliado de la Unión Soviética, al mismo tiempo que está, por su propia cuenta, en conflicto con este mismo Vietnam —conflicto que se manifiesta por una tensión permanente en la frontera chino-vietnamita y que toma como pretexto la situación de la población china que vive en Vietnam.

China da también su apoyo a los países reunidos en la Asociación de las Naciones del Sureste Asiático (la ASEAN, que incluye Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia) y que es una creación norteamericana en la región, reemplazando la difunta OTASE. Para estos Estados, esto es un apoyo que cuenta. Así, con motivo de un viaje a Tailandia, Teng Siao Ping acaba de presenciar, aparatosamente, la ordenación búdica del príncipe heredero, dando así su aval al régimen real establecido, a pesar de la lucha en el país de un P.C. clandestino pro-chino.

Dentro de este marco, el tratado chino-japonés de *«paz y amistad»* toma el aspecto de una alianza con objeto de desempeñar en esta región del mundo este papel de gendarme que el imperialismo norteamericano desempeña en otras partes. Además, China da muestras de un apoyo militante al fortalecimiento de la fuerza militar japonesa (se felicita, por ejemplo, *«de la voluntad de independencia de Japón en materia de defensa»*), y en cuanto a lo que le concierne, insiste en la necesidad de armarse frente a la amenaza que



February 1972, Nixon and Mao in Peking. The recent Sino-Japanese treaty was contained in this handshake.

Nixon y Mao en Pekín en Febrero de 1972 : el reciente tratado chino-japonés estaba contenido en este apretón de manos.



Japanese Prime Minister Fukuda together with Chinese Premier Teng Hsiao-ping in Tokyo at the time of the official signing of the Sino-Japanese treaty in October. Is this treaty simply a further example of the present orientation of China's foreign policy, or does it have more decisive implications?

Fukuda, primer ministro japonés, y Teng Siao Ping, primer ministro chino, en el pasado mes de Octubre, en Tokio, en el momento de la firma oficial del tratado chino-japonés. ¿Es el tratado chino-japonés sólo una ilustración suplementaria de la actual política exterior de China, o bien tiene implicaciones más decisivas?

constituye la Unión Soviética para ella, según los decires de sus dirigentes. A lo largo de sus viajes y de sus discusiones con los hombres de los círculos dirigentes occidentales, insisten, es de notar, ante todo en su deseo de procurarse armamentos modernos.

Desde el punto de vista de los dirigentes chinos, el tratado chino-japonés consagra pues, de manera muy concreta y a la vez muy espectacular, la opción suya de situarse del lado del imperialismo frente a la Unión Soviética. Por lo ostentatorio con que lo han hecho se puede decir que tienen empeño en que se interprete así.

...DICTADA POR LOS INTERESES NACIONALES DE CHINA

El tratado chino-japonés, e incluso las interrogaciones que plantea, ilustran la importancia del acercamiento entre China y el campo de los Estados Unidos, pero muestra también los límites de este acercamiento, tanto por parte de los Estados Unidos, como por parte de China.

Durante más de un cuarto de siglo, el imperialismo norteamericano ha combatido, primero el movimiento nacionalista radical de Mao —por Chang Kai Chec interpuesto—, y después contra el régimen chino procedente de este movimiento. No era porque el movimiento maoísta amenazara la dominación imperialista sobre el mundo, sino porque querían adebilitar el dominio de las potencias imperialistas en China. Pues, a pesar del nombre de comunista que se ha dado, este movimiento nunca ha buscado otra cosa sino la independencia de China frente a Japón primero, y luego frente a los Estados Unidos.

Sin embargo, incluso esta mera voluntad de liberar el aparato estatal chino del dominio imperialista, no lo podía tolerar el imperialismo. El imperialismo, tanto norteamericano como japonés —o antes inglés, francés o alemán, ya que desde la época de las guerras del opio, todos afirmaron en competencia o sucesivamente sus pretensiones sobre China— siempre quiso un Estado chino débil y dominado. Y el imperialismo norteamericano lo deseaba tanto más que no quería arriesgar que China se pusiera en el campo de la Unión Soviética.

Incapaces de impedir la victoria del movimiento nacionalista de Mao, el imperialismo ha tratado deliberadamente de aplastarle por el aislamiento político internacional y sobre todo por un severo bloqueo económico. No lo ha conseguido por aquellas mismas razones que provocaron el fracaso de Chang Kai Chec frente a Mao.

Llevado al poder por un fuerte movimiento campesino, el régimen tenía una fuerte base social. Pero al imperialismo norteamericano unos veinte años le fueron necesarios para sacar conclusiones de esto.

Al resistir al imperialismo, el movimiento de Mao, y luego el Estado Chino, se encontraron muy naturalmente en el campo de la Unión Soviética. El imperialismo, cuyas presiones estos dos países tenían que aguantar por razones distintas, hizo de ambos aliados objetivos.

Pero aliados con intereses divergentes, incluso opuestos, como lo pueden ser dos potencias, cada una llevando a cabo una política nacionalista con una larga frontera común, y una multitud de rivalidades latentes de las cuales la menor no era la posibilidad de reanudar separadamente con el imperialismo, tan

pronto como éste lo hubiera deseado (lo que fue demostrado luego).

Mientras la amenaza imperialista hacía fuerza en ambos, ésta les obligaba a ayudarse mutuamente y las divergencias de interés entre la URSS y China venían en segundo término. Pero en última instancia, el imperialismo norteamericano jamás ha dejado de ser el árbitro de las relaciones chino-soviéticas. En ciertos aspectos, hasta ha sido el artesano de éstas : en el sentido de un estrechamiento de estas relaciones primero y de su degradación después.

Las relaciones con el imperialismo habían sido en todos casos al principio del conflicto declarado entre China y la Unión Soviética.

Bastó que el imperialismo dejara divisar a principios de los años sesenta, la esperanza de un arreglo, para que la burocracia soviética se precipitara hacia esta promesa apenas formulada ; y para que la burocracia soviética muestre claramente que estaba decidida a tentar su suerte, aunque esta suerte sólo fuera destinada a ella, y aunque China fuera la dejada de cuenta de un posible arreglo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. No hubiera sido la primera vez que la burocracia abandonase un aliado sobre el altar de un eventual estrechamiento con el imperialismo.

China había, en aquella época, invocado razones ideológicas ; se lanzaba en una guerra verbal contra la coexistencia pacífica. Pero detrás de los grandilocuentes discursos a fuerza de citaciones de Lenin, permanecía la conciencia de que si los Estados Unidos se decidieran a un compromiso con la URSS, esta última lo aceptaría con seguridad, y China se hallaría aún más aislada que nunca en el plan político y privada igualmente de todas relaciones económicas, incluso de lo

poco que beneficiaba por parte de la URSS.

Además, esta última, por chantaje político, o simplemente por cierta presunción de burócrata ha tomado la delantera : aún antes de haber avanzado en el trance del arreglo con el imperialismo, ha suspendido su ayuda al programa nuclear de China, y retirado sus técnicos y sus consejeros económicos.

La modestia relativa de las motivaciones del conflicto declarado, ha mostrado hasta que punto la alianza entre los dos era frágil. Como ha revelado además que China tenía absolutamente las posibilidades de romper por que en realidad, fue siempre independiente de la Unión Soviética.

Al principio, el imperialismo norteamericano había sido únicamente el autor pasivo del alejamiento de China y de la URSS, por las esperanzas que su actitud más flexible con esta última había hecho brillar en Moscú, y por los temores que suscitaba en Pekín.

Será el artífice activo cuando decidirá, él, cambiar de política con respecto a China, reanudando con esta última. Aquello fue el virage decisivo de la política norteamericana, que condujo al viaje de Nixon a Pekín, anunciado en Julio de 1971 y efectuado en Febrero de 1972. Tan pronto como el imperialismo ha manifestado concretamente su voluntad de cambiar de política respecto a ella, China ha aceptado reanudar las relaciones, hasta con cierta prisa. En realidad, llevar el imperialismo a que reconociera su Estado, es desde siempre el principal objetivo de los dirigentes chinos.

El cambio de política del imperialismo, rompiendo a principios de los años 70 con la política llamada de «containment» del período anterior, les procuró esta oportunidad.

Esta nueva política escogida por el imperialismo norteamericano en la escena internacional, tiende a mantener el equilibrio entre las fuerzas de los dos bloques que dividen el mundo, mediante una política más flexible y menos brutal que durante el periodo de la guerra fría —periodo que sólo se ha acabado con la guerra de Vietnam. Al ilustrar las posibilidades de resistencia de un pueblo en lucha frente a la guerra y a la represión, esta guerra del Vietnam ha conducido el imperialismo a que volviera a considerar sus métodos de mantenimiento del equilibrio mundial.

Es a este nivel que China tiene que desempeñar un papel importante. En realidad, ella es quien asume el papel de gendarme en esta parte del mundo.

Reintegrando su Estado a la escena mundial, caminando en la vía de su total reconocimiento, los dirigentes norteamericanos invitaron los dirigentes chinos a desempeñar este papel. Y si los dirigentes chinos, por su parte, aceptaron, sólo es según la lógica de los intereses nacionales de China.

En ese sentido, el actual tratado chino-japonés estaba contenido en potencia en la visita que dió Nixon en Pekín en el año 1972.

Si, rechazada y combatida por el imperialismo, China hace poco se había hallado muy naturalmente en el campo de la Unión Soviética, ahora que el imperialismo la reconoce, empieza a reanudar con ella relaciones económicas y hasta le deja divisar la posibilidad de una ayuda económica, de créditos, etc., China se encuentra aún más naturalmente en el campo del imperialismo norteamericano. Nunca ha sido conducida por motivaciones ideológicas.

Y no hay razón alguna para que

este Estado burgués de un país subdesarrollado, manifieste más un no se sabe que de «anti-imperialismo» o una solidaridad internacional respecto a los movimientos de emancipación nacional de otros países subdesarrollados, que lo que manifiesta la burocracia soviética.

Hoy en día, únicamente pueden dar la voz al escándalo aquéllos que creían a pies juntillas al «anti-imperialismo» verbal de la China de antes, y que se agarraban a los faldones del maoísmo.

Hoy en día, China hace lo que siempre quizo hacer —y que, a su manera la burocracia soviética desea igualmente hacer y hace— es decir regatear con el imperialismo, esencialmente norteamericano, relaciones económicas, permitiéndole desarrollar hasta donde pueda, su economía, acceder a tecnologías que les hacen falta, y eventualmente hallar acceso a capitales —y lograr el máximo, alienando al mínimo su independencia política y económica.

¿Hasta qué punto China logrará esta colaboración económica? Es el imperialismo quien decidirá, y empezando por las preocupaciones estratégicas que coinciden sin duda en parte con las preocupaciones de China, pero seguramente no de manera completa.

En efecto, a pesar de la virulencia de sus relaciones con la URSS, China no tiene seguramente las mismas necesidades que el imperialismo norteamericano en prepararse estratégicamente a un enfrentamiento con la URSS. China, sin duda gran potencia por el número de sus habitantes, pero débil, subdesarrollada, y no imperialista en absoluto, necesita sobretodo desarrollar su economía. Quizá con peligro, pero esto no está seguro, de pagar el precio fuerte —es decir eventualmente obrar de soldado de

infantería del imperialismo contra la URSS— para obtener la ayuda económica que necesita.

Por su parte, los Estados Unidos tampoco se han comprometido de manera irreversible al lado de China. El problema de Formosa queda pendiente, los Estados Unidos no lo han abandonado, y formalmente, aún no tienen sino «un oficio de enlace» en China. Aunque China se halle en su campo, prosiguen sin embargo llevando a cabo una política flexible con respecto a la URSS, y muchas evoluciones y ajustamientos permanecen posibles en el cuadro de su política internacional que, en lo que concierna sus relaciones con la

URSS, se desarrolla bajo la influencia del «alivio».

Por fin, queda por saber en que medida China logrará preservar su independencia frente al imperialismo, si este último, con el deseo de tener un aliado contra la URSS, hace subir las subastas. Sólo el porvenir lo dirá. Pero aunque la colaboración entre los Estados Unidos y China se hiciera más espectacular que lo que es hoy en día, los intereses de China no dejarían por lo tanto de ser diferentes de los del imperialismo. China no tendrá que defender menos la independencia que ha conseguido contra el imperialismo convertido en «su amigo», que tenía que defenderla cuando lo tenía en tanto que enemigo declarado.

El Secretariado Unificado y las relaciones internacionales : el triunfalismo instituido en política

Bajo el título «¿Construir la IVª Internacional ? Sí, pero sin aislarse en el «nacional-trotskyismo», y con la firma de Ernest Mandel, el número del 1º de noviembre de *Rouge* publica un artículo polémico dedicado al historial sobre la IVª Internacional publicado en *Lutte Ouvrière*. (Historial publicado en lo esencial en el número 56 de Lucha de Clase, bajo el título «La Cuarta Internacional : una Internacional por construir»).

Este artículo es esencialmente, un alegato en favor del Secretariado Unificado —organización trotskista internacional a la que pertenece la Liga Comunista— presentado sin la menor reserva como la actual encarnación de la IVª Internacional fundada por Trotsky.

¿El balance de esta IVª Internacional ? Oh, sin duda, según Mandel, «es aún modesto y lejos de haber alcanzado los objetivos que Trotsky había fijado a la organización». Pero en esto, la organización internacional está simplemente «a la medida del lento crecimiento de la conciencia proletaria». Por lo demás, la IVª Internacional «existe en más de sesenta países», «Nuestro ritmo de crecimiento se ha acelerado desde 1968», «Contamos hoy diez

veces más miembros que antes de 1968». El Secretariado Unificado está presente de Europa occidental a América del Norte, del Japón a Argentina pasando por Irán ; su crecimiento es incluso «espectacular» en cierto número de países de América Latina. Tiene además una buena base obrera, deja a entender el artículo, puesto que «la gran mayoría son asalariados sindicados, con una influencia no despreciable en numerosas empresas y sindicatos».

En cuanto a su dirección, ha podido, claro, cometer errores, pero «quien no los ha cometido, empezando por los mismos Marx, Lenin y Trotsky».

En resumen, si hay dificultades debidas a la situación objetiva, todo va no obstante por lo mejor en la mejor de las organizaciones internacionales posibles.

En suma, concluye el artículo, si *Lutte Ouvrière* ve problemas allí donde, en realidad, no los hay, es para justificar su existencia separada del Secretariado Unificado. Y si *Lutte Ouvrière* quiere escapar al «repliegue hacia el nacional-trotskyismo» o al «estado de hibernación» (?), es necesario que adhiera al Secretariado Unificado. Las puertas

le están abiertas, por poco que acepte *«un acuerdo sobre el programa marxista revolucionario»* (*«incluso el centralismo democrático»* se apresura de añadir Mandel). Mediante lo cual, los militantes de *Lutte Ouvrière* *«tendrían toda libertad para defender sus posiciones particulares, no solamente ante un número de militantes mucho mayor que el suyo, sino además, y repetidas veces (!) públicamente, delante de mucha más gente aún»*.

UN TRIUNFALISMO ESTÉRIL

El artículo pone perfectamente en relieve la divergencia entre nuestra corriente y el Secretariado Unificado sobre la situación del movimiento trotskista a escala internacional, así como nuestras divergencias sobre los métodos para superar esta situación y llegar un día a crear una verdadera IVª Internacional.

Veamos rápidamente el triunfalismo de los propósitos. Es irrisorio. Al Secretariado Unificado le parece satisfactoria la actual situación del movimiento trotskista. Tanto mejor para él. Pero nosotros pensamos que el vendarse los ojos ante la realidad y los problemas no es una prueba de calificación para una dirección internacional.

Entendámonos bien. Nosotros no atribuimos, claro está, al Secretariado Unificado más responsabilidad en la situación del movimiento trotskista de la que pueda tener. La emergencia de una Internacional obrera revolucionaria digna de este nombre no depende solamente, ni siquiera esencialmente, de los esfuerzos de los unos y de los otros. Es en efecto una cuestión de nivel de conciencia del proletariado mundial. Mandel ve una contradicción entre esta afirmación evidente y

nuestras críticas de las organizaciones internacionales que pretenden, a diferentes grados, poseer el monopolio de la herencia de la IVª Internacional de Trotsky. ¡Cómo si el peso de los hechos objetivos lo explicara todo, lo excusara todo y no dejara lugar a las opciones políticas de las organizaciones !

Pero manifiestamente, el Secretariado Unificado es incapaz de hacer frente a sus responsabilidades, incluso al nivel de las posibilidades del movimiento trotskista.

Se puede evidentemente, como lo hace el artículo de Mandel, glorificarse del «papel de dirección» desempeñado por los militantes trotskistas en cierto número de huelgas, para disimular el problema de los métodos y de los medios que las organizaciones trotskistas deberían darse para implantarse en la clase obrera, al menos en los límites de las posibilidades dadas por la situación objetiva. Pero es significativo por ejemplo que, en apoyo de esos alegatos, Mandel sólo pueda citar cuatro huelgas de las cuales dos se sitúan antes de la guerra. En cuanto a una de las otras dos, la huelga general de Ceilán, hay por lo menos cierta inconsecuencia en poner como ejemplo la actividad de una organización que el Secretariado Unificado se vió obligado a excluir de sus filas más tarde, por ministerialismo por parte de sus dirigentes.

¿Basta entonces con invocar esos ejemplos para rechazar con altanería el *«mito según el cual nosotros (la IVª Internacional) somos una organización de intelectuales sin contacto con el movimiento obrero en retroceso»*? ¿Pero cuantas son entonces, sobre las sesenta secciones enumeradas, las que el Secretariado Unificado podría invocar como teniendo una implantación real en la

clase obrera ? ¿Que en la materia no es el único en presentar un balance negativo ? ¡La buena excusa ! ¿En qué esto dispensa reconocer la situación por lo que es, y tratar de remediarla en lugar de glorificarse ?

Se puede igualmente, todavía como lo hace el artículo, cultivar eternamente el mito de una IVª Internacional existente, más o menos floreciente, y evidentemente encarnada en el Secretariado Unificado. ¡Y que título de gloria el de «no» haber «*conocido más escisiones internacionales*» «*desde hace catorce años*» !

¡Pero qué peso puede tener esto al lado de esta realidad : el movimiento trotskista está dispersado, fragmentado y, frente a esta fragmentación, el Secretariado Unificado no tiene otra política sino la que consiste en decir que los grupos o corrientes trotskistas no afiliados al Secretariado Unificado... deberían afiliarse !

Aunque sea numéricamente el más importante, el Secretariado Unificado no constituye sino uno de los reagrupamientos trotskistas internacionales. Numerosos grupos trotskistas, y entre los más importantes —la O.C.I. y Lutte Ouvrière en Francia, el W.R.P. en Gran Bretaña, con sólo citar esos ejemplos— están aparte o animan otros reagrupamientos internacionales. Y entre los grupos que adhieren al Secretariado Unificado, ¡cuántos son aquellos cuya afiliación es más formal que real !

¿Es posible poner fin a esta fragmentación y por qué medio ? ; ¿cómo procurar que todas las corrientes trotskistas puedan al menos comportarse como fracciones de un mismo movimiento trotskista internacional ? Esta cuestión está planteada por la situación objetiva, aunque el Secretariado Unificado opte por no plantearse, sino bajo

forma de conminación a los otros grupos de incorporarse a él.

En fin allá el autor del artículo si intenta aplastarnos bajo el peso del argumento : «*vosotros no representáis el 1 % de los adherentes de la IVª Internacional, aún menos que aquellos que por el mundo se reclaman del trotskismo*».

De cierto modo es bastante halagador que nuestra organización sea así comparada con toda una «Internacional» aunque sea para desembocar a esa correlación de uno a ciento, cifra cuya paternidad dejamos a Mandel. Pero tal argumento no es justo. Hay que comparar lo comparable. Nosotros no pretendemos ser una Internacional. Nos contentaremos con ser comparados con la Liga Comunista. Esta comparación tendría por lo menos una significación política.

Pues bien, Lutte Ouvrière es una organización tan sensiblemente importante como la sección francesa del Secretariado Unificado —una de sus principales secciones— y esto pese a un inicio mucho más débil y en ausencia de todo apoyo material o moral de una organización internacional durante toda nuestra existencia. Y nos hemos desarrollado, sin dejar de ser una organización trotskista, por lo menos al mismo ritmo que la Liga Comunista, pero en dirección de la clase obrera. No lo decimos para glorificarnos, pues no hay realmente de que, teniendo en cuenta el camino que queda por recorrer para que exista en Francia un partido revolucionario proletario. Lo decimos simplemente porque nuestro balance organizacional prueba que los métodos que son los nuestros han demostrado su eficacia por lo menos si los comparamos con los del Secretariado Unificado. No se trata solamente de ideas defendidas por un pequeño número de

militantes, sino de hechos, y estos hechos merecen por lo menos ser discutidos. Pero el Secretariado Unificado no siente la necesidad de este tipo de discusión y de ese tipo de confrontación de experiencias. Prefiere jactarse de su fuerza, lo que no ha sido nunca un argumento político decisivo, con mayor razón cuando esta fuerza es ampliamente imaginaria.

DEL «NACIONAL-TROTSKISMO» Y DE LA MANERA DE PROTEGERSE DE ÉSTE

El artículo evoca el riesgo del «*nacional-trotskismo*». Tiene razón. Este peligro existe en ausencia de lazos internacionales reales, vivos, múltiples y activos.

Mas la adhesión al Secretariado Unificado no protege de este peligro, ya que no permite disponer de esos lazos reales y vivos.

Mandel nos recuerda muy obligadamente principios que son de todas maneras los nuestros. Es imposible construir un verdadero partido revolucionario sin tener como objetivo político la construcción simultánea de una Internacional revolucionaria. Pero no resulta de este principio que el Secretariado Unificado sea esta Internacional revolucionaria en construcción, funcionando sobre la base de un centralismo democrático aceptado por todas y con una dirección internacional reconocida por todas las organizaciones nacionales. El Secretariado Unificado no es tal organización. Sus secciones más fuertes sólo siguen cohabitando en ésta porque han guardado, en los hechos, una autonomía casi completa, yendo periódicamente hasta construir cada una su propio reagrupamiento internacional. Sus divergencias se relevan a la luz del día lo más a menudo por la fragmentación

de secciones nacionales más pequeñas a las que arrastran tras ellas.

Sobra en donde escoger para demostrar que, para las organizaciones trotskistas que forman parte del Secretariado Unificado, todo pasa como si no tuvieran lazos internacionales reales. Este aislamiento, él que se refugia bajo el patrocinio de un centro internacional que vive su propia vida, es quizás el peor, pues entretiene ilusiones, y hace más difícil la construcción de lazos internacionales reales.

Oh, sin duda, los estatutos de la IVª Internacional tal como se reconstituyó después de su fraccionamiento durante la guerra mundial, así como los estatutos del Secretariado Unificado resultante, se reclaman del centralismo democrático.

Pero la sola evocación del «*centralismo democrático*» no puede dar a la dirección del Secretariado Unificado la autoridad política efectiva que no tenía. El Secretariado Unificado en todos los casos se ha mostrado incapaz de atajar el oportunismo «*nacional-trotskista*» de aquellas secciones nacionales que se han visto aquejadas abiertamente.

En 1964, el Secretariado Unificado ha debido resignarse a excluir de sus filas el único partido importante que se pretendía trotskista, el de Ceilán, pues éste había llevado el «*nacional-trotskismo*» hasta entrar en el gobierno burgués de la Señora Bandaranaike. Aceptó de componerselas con secciones nacionales como el PRT «*La Verdad*» argentino quien, bajo la presión de círculos nacionalistas, experimentó la necesidad de desmarcarse del trotskismo en nombre de una mezcla donde Mao-Tse-tung, Guevara o Kim Il-Sung, se confundían mal con Trotsky.

NO BASTA CON PROCLAMARSE INTERNACIONAL CENTRALIZADA PARA SERLO REALMENTE

La evocación del «*centralismo democrático*» no ha protegido pues a las organizaciones del Secretariado Unificado del «*nacional-trotskismo*» pues éste no retrocede delante de la magia del verbo. Esta sirvió demasiadas veces al Secretariado Unificado —como además a todos los reagrupamientos internacionales que pretenden ser organizaciones internacionales centralizadas— de justificación a prácticas administrativas y burocráticas o aún de pretexto a exclusiones y anatemas.

Y he ahí que Mandel nos gratifica de paso con una oferta de adhesión al Secretariado Unificado, «*sobre la base de un acuerdo sobre el programa marxista revolucionario (incluso el centralismo democrático)*». En claro, aceptando una base política borrando las divergencias y aceptando la dirección del Secretariado Unificado.

La proposición no tiene verdaderamente el resplandor de lo nuevo.

Que las cosas sean claras. Somos partidarios de la unidad con la corriente trotskista representada por el Secretariado Unificado —como además con las otras corrientes trotskistas— tanto a la escala internacional como en Francia. Siempre hemos sido partidarios de un marco de colaboración permanente, y hasta de una forma de unidad organizacional definida de común acuerdo.

Pero proponer un método que consiste en eludir las divergencias en prealable a toda colaboración real, y pedirnos de aceptar de antemano, bajo pretexto de «*centralismo democrático*», la autoridad de un Secretariado Unificado al que justamente no reconocemos la me-

nor autoridad política, es un modo de invitarnos o a pasar bajo silencio nuestras divergencias o de negarse a toda colaboración.

Nuestras divergencias, políticas como organizacionales, cuentan decenas de años. Encarnamos políticas diferentes para el movimiento trotskista, vemos de forma diferente la construcción de la Internacional, como la de los partidos revolucionarios. Ninguna discusión será suficiente para poner fin a esas divergencias. Es el porvenir, la experiencia de las luchas sociales, la prueba de los hechos, que determinarán quien habrá tenido razón.

Y no es perjudicial al movimiento trotskista —en ciertos aspectos, al contrario— que los dos tipos de experiencia se prosigan simultáneamente hasta que los hechos zanjen. Pero es necesario evitar los comportamientos sectarios, hacer aprovechar al conjunto del movimiento la experiencia de cada uno y para eso asegurar de forma organizada y permanente la confrontación de las políticas y la colaboración de los militantes en los dominios donde es posible. Con esto todo el mundo ganaría.

Pero aparentemente, el artículo está a cien léguas de considerar que contactos y un trabajo regular puedan establecerse entre nuestra tendencia y el Secretariado Unificado, excepto evidentemente en el caso de nuestra adhesión pura y simple.

Lástima para el movimiento, pero lástima también para el Secretariado Unificado y su sección francesa. El sectarismo da raramente frutos en política.

Con sólo citar este ejemplo, en junio de 1977, cuando las dificultades materiales del cotidiano «*Rouge*» fueron hechas públicas, propusimos a la Liga Comunista estudiar la

posibilidad de asegurar en común, y sobre la base de una estricta igualdad, la supervivencia de un cotidiano trotskista (pese además nuestras fuertes reservas en cuanto a la utilidad de un cotidiano para el movimiento). Estábamos plenamente conscientes de los desacuerdos políticos que separan nuestras dos organizaciones. Pero estimábamos que ni el uno ni el otro tenían nada que perder debatiendo francamente en las columnas de un periódico común, ante sus respectivos públicos, de sus divergencias allí donde divergencias hubiera. En cambio, tanto la una como la otra teníamos algo que ganar evitando el retroceso que implica la desaparición de un cotidiano trotskista.

Por sectarismo, la Liga ha preferido rechazar el periódico común. Lo que en la ocurrencia significaba optar por la desaparición del cotidiano, pues si relamerse los dedos sobre la potencia del Secretariado Unificado puede impresionar algunos militantes impresionables del S.U., no da en cambio medios materiales y humanos. A ambas, nuestras organizaciones tenían estos medios. La supresión del cotidiano casi decidida para febrero de 1979 demuestra que el Secretariado Unificado a él solo no los tenía.

EL CORSÉ DEL SECTARISMO

Contentándose con ofrecer, a guisa de colaboración, la adhesión pura y simple al Secretariado Unificado, el artículo de *Rouge* nos garantiza no obstante la mayor democracia y la posibilidad de dirigirnos a «un número de militantes mucho mayor» al nuestro. ¿Pero entonces porque esos militantes «mucho más numerosos» no podrían ser informados de nuestras posicio-

nes, y nosotros de las suyas, sin formar parte de su organización internacional? ¿Quién puede ganar a edificar murallas entre reagrupamientos internacionales, así como entre estos últimos y las organizaciones que no forman parte de ningún reagrupamiento? ¿Y si un reagrupamiento internacional como el Secretariado Unificado no quiere hacer circular las informaciones, facilitar los intercambios y los debates entre sus miembros y el exterior, porque creer que en el interior es capaz de garantizarlo?

El artículo de *Rouge* incluso da a comprender más o menos que hay acomodamientos con las reglas y los estatutos en lo que respecta el centralismo democrático. Esto lo sabemos muy bien pues conocemos al Secretariado Unificado desde hace suficientemente tiempo como para saber que en la materia, existen los principios de un lado y la práctica del otro. Lo sabemos tan bien, que una vez más, uno de nuestros principales reproches al Secretariado Unificado es el que se niegue a reconocer la realidad y mantenga una ficción.

Esta ficción del centralismo democrático no es nunca inocente. En el mejor de los casos sirve para engañar con falsas apariencias. En el peor para justificar los ostracismos de la dirección, que de todos modos, es dueña de acordar o no los acomodamientos.

La práctica de esos «acomodamientos» para atenuar los efectos de un centralismo que nadie aceptaría, es irrisoria. El movimiento trotskista debería de ser adulto y decidir en plena conciencia, públicamente, sin ocultar los desacuerdos, los marcos correspondientes al grado de colaboración posible entre sus diferentes componentes.

¿Estiman algunas de esas organizaciones que les sería posible, en el plan político como en el organizacional funcionar entre ellos respetando las reglas del centralismo democrático? Pues bien, tanto mejor, a condición que esto sea verdad. ¿Pero en qué esto les impediría definir marcos de colaboración más flexibles con las demás organizaciones?

No hay IV^a Internacional sin centralismo democrático, es incontestable. Pero no es menos incontestable, salvo para aquellos que quieran vendarse los ojos, que en el estado actual del movimiento trotskista, no existe ni un acuerdo político, ni relaciones de suficiente confianza como para permitir un funcionamiento «*centralista democrático*». Pero sin embargo no es por lo tanto que sea justo en el mejor de

los casos ignorarse, y en el peor excomulgarse mutuamente.

No sabemos por que vía exacta se realizará mañana la unidad del movimiento trotskista en el marco de una verdadera organización internacional centralizada y democrática en la que deseamos desembocar. Pero sabemos en todo caso por que vía no se realizará. Y sabemos igualmente que el comportamiento de los reagrupamientos internacionales, como lo ilustra el artículo de Mandel, su ridícula pretensión de imponer su autoridad como precio a toda colaboración, desemboca únicamente en impedir toda colaboración política internacional entre tendencias diferentes. Lo que significa contentarse de la situación actual del movimiento trotskista y negarse a examinar seriamente el problema de como superarla y vencerla.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : FF 5

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : Ordinary : FF 50 Closedmail : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 Closedmail : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,

Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :

Apply to us to have the tariffs.